

Hijo, y Dios te salve, Santísimo José, Padre putativo de Dios Hijo.

Ave María, etc.

Dios te salve, María Santísima, Esposa del Espíritu Santo, y Dios te salve Santísimo José dignísimo Esposo de la Esposa del Espíritu Santo.

Ave María etc.

Dios te salve María Santísima, templo y sagrario de la Santísima Trinidad; y Dios te salve Santísimo José, trono y custodia de la augustísima Trinidad.

Gloria Patri, etc.

Dios te salve, María Santísima, concebida en gracia desde el primer instante de tu ser natural, y Dios te salve santísimo José, santificado en el vientre materno, y lleno de gracia desde el segundo instante de tu ser natural.

ORACION

A MARIA SANTISIMA

QUE SE HA DE DECIR TODOS LOS DIAS.

Soberana Emperatriz de todo lo criado; María Santísima, Hija del Eterno Padre, Madre

del humanado Verbo, Esposa del Espíritu Santo, templo y sagrario de la Santísima Trinidad, y Esposa del castísimo Patriarca Señor san José: siento la grave pena y tormento que sentiría vuestro piadoso y tierno corazón, al ver padecer tan agudos dolores y molestas enfermedades á vuestro castísimo Esposo Señor san José: hasta rendir su noble Espíritu en manos de mi Redentor Jesus, y en vuestro virginal regazo; y me regocijo del imponderable regocijo que sentiría vuestra purísima alma al penetrar tan sábia que se cumplía el gusto de Dios, acrisolando el elevado Espíritu de Señor san José, para que mereciendo no solo la corona de mártir, de doctor y de vírgen, sino la de superior gerarquía á todos los santos, fuese colocado á la diestra de vuestro Santísimo Hijo Jesus, gozando por el orden hipostático, despues de su mayor gloria á la soberanía y grandeza. Alcanzadme, Señora, como tan poderosa, la gracia de Dios, y que permaneciendo y muriendo en ella, tenga la felicidad de gozar la hermosura de la Trinidad de la tierra, que es Jesus, María y José, por toda la eternidad. Amen.

El ejercicio de hoy será en los ratos que hubiere oportunidad y sosiego, examinar la conciencia, pidiendo con eficacia al Santísimo Patriarca nos ilumine y favorezca para hacer una buena confesíou; y entre dia se repetirá la siguiente:

Patriarca sagrado

No, no permitais

Que viva ni muera

En culpa mortal.

SEGUNDO DIA;

LECCION.

Supuesto que la edad de Señor san José no era tan crecida para debilitarle las fuerzas, sin embargo, los muchos cuidados, molestias de los caminos y la continua tarea en los trabajos que había tenido para sustentar á la sagrada familia Jesus y María, le habían extenuado de modo que ya no podía ejercer el oficio de carpintero, y ménos hallándose agravado y atormentado de tan agudos y crueles dolores que padecía, siendo el mayor de todos ver á su querida Esposa atarearse en el trabajo, para poder sustentar y regalar á su amado enfermo.

No pudo sufrir el amante corazon de Señor san José tanta pena, haciéndose un mar de lágrimas como hombre el más honrado y agradecido, pidió á su divina Esposa con la mayor sumision y rendimiento, le diese licencia y permiso para continuar en su trabajo. «¿En qué cosa [le dijo] mi Señora, puedo yo acabar mi vida, que en trabajar para conservar la vuestra?

Mi vida, Reina mia, nada importa, y vale mucho la vuestra: vengan los instrumentos de mi oficio, que quiero morir en mi trabajo para que viva mi Señora; venga la sierra, que hoy, como siempre, os debo ganar mi sustento con el sudor de mi rostro.» Penetrando María Santísima las tiernas consideraciones de su Esposo, sienten muchos autores que le dijo: «Esposo y Señor mio, ninguna de las mujeres ha estimado ni querido mas á su marido, que yo á vos: me hallo altamente obligada de vuestra fidelidad, desvelo, cuidado y trabajo que siempre habeis tenido en servirme y darme gusto: hasta ahora á mi Hijo y á mí, nos habeis dado el alimento, y en esto habeis gastado vuestras fuerzas y lo mejor de vuestra salud y vida, mirando y atendiendo siempre á la de ésta sierva vuestra; y así os suplico, Señor mio, que descanséis, que dejeis el trabajo, pues ya vuestras fuerzas no pueden con él, yo quiero que sepa el mundo, que soy mujer agradecida, y que estoy reconocida á lo mucho que me habeis amparado y servido trabajando de dia y algunas veces de noche, para que yo descansase y no careciese de cosa alguna: ¿cuándo, si no ahora, amado mio, se lia de cumplir lo de los Proverbios *Confidit in eo cor sui?* ¿Cuándo se ha de verificar? *Quaesive limum et lanam,*

et operata est concilio manu suarum?" Rindióse, en fin, á tan soberanas expresiones el nobilísimo corazon de Señor san José: y cesó en su oficio de carpintero, habiendo dado de limosna toda la herramienta á los pobres, comenzó la Santísima Virgen á trabajar mucho en su continuo retiro y soledad, ocupando como sienten muchos autores la mayor parte de la noche en el trabajo de sus manos, para que no le faltase nada á su querido Esposo: una buena y dichosa vecina le tomaba á la Virgen las labores que había, y le traía todo lo preciso y necesario que había menester.

Considera, cristiano ¿cuánta no sería la angustia de Señor san José, viéndose tan débil de fuerzas para poder trabajar en servicio de sus divinos dueños, Jesus y María? ¿Cuánta la pena de ver afanada á su Señora la mayor parte del día y de la noche en tan laboriosas tareas? Y cuánto gozo de conformarse en todo con la voluntad de su amantísimo Hijo y santa Esposa? Lleguemos, pues, afectuosamente á la casa de Jesus, María y José, y hagámosle á nuestro dichoso enfermo la segunda visita, ofreciéndole la segunda comunión, cuando no real, espiritualmente, y diciendo con profunda reverencia:

Acto de contrición.

ORACION.

Purísimo, prudentísimo y pacientísimo Patriarca Señor san José, condoliéda de vuestras angustias y enfermedades, llego ante vuestra soberanía á haceros esta segunda visita. Atended, Padre amado, á mis súplicas: escuchad benigno mis clamores; alentad mi tibieza, para que deritiéndose mi corazon, como la cera, en el amor de Jesus, de María y el vuestro, me haga digno de visitaros, doliéndome de la grave pena que sentiría vuestro piadoso y tierno corazon, considerándoos imposibilitado y sin fuerzas humanas para poder solicitar con el sudor de vuestro rostro el sustento necesario á vuestro divino dueño Jesus y á vuestra soberana Esposa María, creciendo mas la congoja al ver esta divina Señora empeñada en el trabajo de día y de noche, porque no os faltase el corporal socorro, y el mayor regalo en la cama; pero me regocijo del gozo que sentiría vuestra dichosa alma, al consolarlos María Santísima con dulces y amorosas palabras, persuadiéndoos á que era voluntad del Señor; pues no se os ocultaba pudiera su Majestad proporcionar otros medios, y que éstos eran de su divina aceptación; con los que os conformásteis gozoso, repitiéndole gracias. Por esto desconsuelos y gozos, os pedimos, Padre a-

mante, nos alcanceis del Señor tolerancia en los trabajos, paciencia en los males y enfermedades, y que en la última hora de nuestra vida consigamos por vuestra intercesion la salud eterna. Amen, Jesus, María y José.

Se repite la salutación y oración á María Santísima, y todo lo demás en el orden que está puesto en el primer día.

El ejercicio de hoy será, despues de haber comulgado y dado gracias, visitar enfermos y encarcelados, socorriéndolos, cuando no se pueda, pedir á Dios socorra sus necesidades; y entre día se dirá con reverente afecto:

Santísimo amante,

Padre de Jesus,

Sed en mi vida y muerte

Mi guía, norte y luz.

DIA TERCERO.

Leccion.

Agraváronse las enfermedades de Señor San José de modo que ya por instantes le faltaba el aliento; mas en medio de tanto mar de angustias, de tanto abismo de tormentos y de tanto dilubio de penas, jamás se quejó, suspiró ni pidió alivio nuestro pacientísimo enfermo; porque to-

da la vehemencia de los dolores, que eran gravísimos, los toleraba con invencible sufrimiento y singular grandeza de ánimo: su purísima Esposa, asombrada de lo mucho que padecía y sufría su Esposo, y penetrando aquella inexplicable candidez, la pureza de aquella santísima alma y lo elevado de sus pensamientos y contemplaciones, lo vino á tener en toda veneracion, que no cabe en las mayores ponderaciones. Todo el cuidado de la Señora era trabajar con especialísimo gusto para regalar á su dueño; y el mayor regalo, gozo y alegría del Santísimo Patriarca, era ver que la Reina de los ángeles le guisaba la comida, la sazónaba, y muchas veces con sus virginales manos se la ponía en la boca; por lo que enternecido amante solia decir á la Santísima Virgen: «Señora y Esposa mia, ¿qué comida es esta que así me vivifica, me recrea, me llena de dulzura, restaura mis fuerzas y me colma de alegría?»

Cristo Señor nuestro, personalmente solicitaba y traía las yerbas, frutas y pescados, que con admirable templanza comía en compañía de su Santísima Madre; y á Sr. S. José le aderezaba tu castísima Esposa el puchero de carne: el mismo Hijo de Dios probaba la comida, la partía, y muchas veces con sus divinas manos se la po-

nia en los lábios á su putativo Padre, y cuando el santísimo enfermo no sentia gusto en la comida, mandaba Cristo á su purísima Madre, al manjar le diese gusto en todo, sirviendo ambos tan puntuales, que el mismo Jesus lo abrigaba y componia en la cama, y María Santísima le ministraba todo lo necesario, sirviéndole de rodillas, y del mismo modo descalzaba á su Esposo cuando el Santo no podia.

Considera, alma devota, ¡cuánta sería la angustia y tormento de Señor San José sufriendo con indecible valor y tolerancia tan agudos dolores, por no dar en que sentir á su divina Esposa, siendo su mayor pena el contemplar que esta soberana Reina así lo penetraba y entendia! ¡Y cuánto regocijo al verse asistido, cuidado y servido de tan soberanos enfermeros, recibiendo especialísimos consuelos al gustar tan bien sazonados manjares, que lo vivificaban y recreaban! Lleguemos, pues, compungidos de admiracion á la casa de Jesus, María y José, y hagámosle con profunda reverencia á nuestro dichosísimo enfermo la tercera visita, ofreciéndole todas nuestras obras acompañadas de algunas afectuosas jaculatorias, y con devoción se dirá el siguiente:

Acto de contricion, etc.

ORACION.

Castísimo, ejemplarísimo y pacientísimo Patriarca Señor San José: condolido de vuestras penas y tormentos, llevo tercera vez á visitaros, no atendais, amerosísimo padre á mis méritos, que son ningunos, sí al afecto de serviros y amaros con todas las veras de mi corazon, con las que os ofrezco el pequeño obsequio de mis buenas obras, para que unidas con vuestros merecimientos me haga digno de visitaros, doliéndome de las gravísimas angustias y tormentos, que con singular constancia tolerábais en la cama por no disgustar á vuestra divina Esposa y mi Señora: doliéndome asimismo de la grave pena que sentiria vuestro piadoso corazon, contemplando la que mi Señora recibiria de veros sufrir tantos dolores; pero me regocijo del indecible gozo que recibiriais al veros cuidado y asistido de tan soberanos médicos, engolfados en celestiales dulzuras al tomar los alimentos por manos de Jesus y de María, quienes mandando á los manjares que diesen gusto, os llenaban de sumo gozo. Por estos desconsuelos y regocijos, os pedimos amantísimo padre, nos alcanceis del Señor una firme tolerancia en los trabajos; y si estuviésemos enfermos por la culpa, nos asistais con vuestro auxilio, para que libres de peste tan

maligna, recibamos los consuelos de la gracia; y con ella gustemos del muy dulce y delicioso manjar de la Eucaristía, muchas veces, para que en union de Jesus, consigamos gozaros en la gloria. Amen Jesus, María y José.

El ejercicio de este dia será darle de comer á tres pobres, ó á uno solo, sirviéndoles con reverencia y amor, ó socorriendo alguna necesidad: y cuando no sea proporcionada á la posibilidad, ayunar ó rezar siete veces el Pater noster y Ave María, en memoria de los siete principales dolores y gozos de Señor San José, pidiéndole con eficacia el remedio de las necesidades: y entre dia se repetirá la siguiente:

Oh José sagrado:

Tu amor no permita

Que mi alma perezca

Al fin de mi vida.

CUARTO DIA.

LECCION.

En tantos tormentos y dolores que padecia Señor San José, ocasionados de tan molesta y larga enfermedad, ya con acres calenturas, ya con frecuentes vahidos, y ya con extraordinarios síntomas, tuvo otro modo de padecer más

dulce (dice la V. M. Agreda) pero muy doloroso, que resultaba de la fuerza del ardentísimo amor que tenia, pues era tan vehemente que muchas veces le acaecian unos éxtasis tan impetuosos y fuertes, que hubiera sin duda exalado su espíritu, si el mismo Señor que se los daba, no le asistiera dándole virtud y fuerzas para que no desfalleciese con el dolor: «Yo (decia Señor San José) estoy enfermo de amor; mi enfermedad es amar y más amar á Jesus, y Jesus no quiere ni puede querer que yo le ame; y así el sanar es imposible.» Por lo que dice el docto Josefino Piza. «Es indubitable, y firmemente creo, que á José se le derritió su corazón, y murió de un incendio de amor.» Así fué porque estos amorosos actos, estos ardentísimos vuelos, abrasaron tanto su amantísimo corazón: que liquidaron su pábulo hasta ponerlo en los últimos lances de la vida.

Un ángel avisó á Señor San José de su cercana muerte, y el Santo, con humilde rendimiento, pidió á su amado dueño Jesus le asistiese á ella el arcángel San Miguel y el santo ángel de la guarda, lo que le concedió el Señor, prometiendo que visiblemente le asistiesen en compañía de otra multitud de ángeles, y conforme el Santísimo Patriarca con la voluntad del Se-

ñor, vuelto á su amantísimo Hijo Jesus, le habló con palabras muy dulces, confesándolo verdadero Dios y Salvador del mundo, con cuya fé y creencia, quién duda le dirá confiado: *Si ambulavero in medio umbre mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es.*

Considera alma fervorosa, ¿cuánta sería la angustia de Señor San José, sabiendo ya la proximidad del término de su vida, y con la representacion de tan forzosa ausencia? Porque si todos los justos desean el morir por gozar de la dulce compañía de Jesucristo, como por todos lo encarece el apóstol San Pablo. *Cupio dissolvi et esse cum Christo.* ¿Cuánta sería la pena del justo de los justos, contemplando que con la muerte se habia de apartar precisamente de la muy dulce y amable compañía de Jesus y de María? ¿Y cuánto gozo sentiria su abrasado corazon, considerando satisfacía en cuanto podia (como hombre el más santo de todos) al amor de Jesus, porque moria abrasado en su divino amor, hecho fénix del cariño? Pues lleguemos con fervorosas ansias á la casa de Jesus, María y José, y hagámosle á nuestro felicísimo enfermo la cuarta visita, ofreciéndole por víctima el

corazon, para que lo encienda en las llamas de su amor. Digamos con ternura.

El acto de contricion.

ORACION.

Amantísimo, nobilísimo y pacientísimo Patriarca Señor san José: condolido de vuestras crecidas penas, ansias y tormentos, liego cuarta vez á visitaros: hacedme, Padre amante, digno de tanta dicha, encendiendo mi corazon con los volcanes de vuestro amor, para que enamorado sumamente de vos, pueda tiernamente sentir la pena que sintiera vuestro amante y puro corazon, al considerar os apartábais de la amable vista y dulce compañía de Jesus y de María, imán de vuestros afectos, vínculo de vuestros gozos y centro de vuestras delicias, y que así mismo pueda amorosamente regocijarme del sumo gozo que vuestra santísima alma recibiría, al ver que con puro y elevado amor, pagábais el comun feudo, rindiendo vuestra importante vida á impulsos de tan ferviente caridad, correspondiendo en cuanto os fuera posible, al infinito amor de Jesus, cuya santísima voluntad se cumplía, conformandoos gustoso con ella. Por estos dolores y gozos os pedimos, Padre amante, nos alcanceis del Señor un total ódio al pecado y un soberano

no incendio en las almas, para que hecha la voluntad vesubio de caridad, solo amemos á quien debemos amar, y acabemos la vida en el amor de Jesus, María y José. Amen.

El ejercicio del día será hacer cuantas veces se pudiere, actos de fé, esperanza y caridad, procurando conciliar enemistades, dar buen consejo á los que lo necesitaren y alentar á otros la devoción de Señor san José; diciéndole entre día con la mayor ternura.

Enciende en mi pecho

Tanta devoción,

Que te ame con veras

De mi corazon.

DIA QUINTO.

LECCION.

Con la noticia, Señor San José, de su cercana muerte, volvió los ojos á la misma vida, que es Jesucristo, y con tiernos amorosos afectos le dijo: «Dadme vuestros divinos brazos, Hijo amado y Redentor del mundo, y aunque es propio del padre dar la bendicion al hijo, en este trance pido la vuestra. Mucho siento amantísimo Jesus y dueño de mi alma, ausentarme de vos; pero muero lleno de gozo y consuelo, porque de-

jo ya en el mundo tesoro tan infinito, con que han de ser pagadas las deudas, y la culpa del primer hombre remediada.» Cristo Señor Nuestro le respondió: «Amorosísimo padre mio José: los trabajos que por mí has pasado serán bien premiados, y los lazos estrechos de filiacion representada, que en la tierra hemos contraído, se perfeccionarán en el cielo, donde obedeceré tus ruegos como he obedecido en la tierra tus mandatos; y al nombre de padre, que os dió el Espíritu Santo, le corresponderá la gloria del lugar del padre.»

Vuelto despues el Santísimo Patriarca á su Santísima Esposa, le dijo con la mayor ternura: «Quedad con Dios, Esposa amada y espejo de la pureza, que me voy para no veros más en esta vida: mucho os debo, pues de todas mis dichas fuiste la causa.» La Santísima Virgen le respondió cariñosa: «Yo, Esposo y señor mio, os agradezco la buena compañía que en todos mis trabajos y fatigas me habeis hecho; y os estimo la gran fidelidad que habeis guardado al Padre Eterno, siendo guarda tan leal de mi pureza; y por más y más que la dignidad de Madre de Dios me levante; no os perderé la estimacion de Esposa: tendreis en la gloria cierta autoridad real, semejante en lo que cabe á mi